

apremian aún con mayor fuerza, el actual Sumo Pontífice León XIII, que ya en varias ocasiones recomendó la devoción al Santo Patriarca, desea que en este año, en que se cumplen los veinticinco de la mencionada proclamación de San José como Patrono de la Iglesia Universal, se conmemore este santo Jubileo con particulares cultos en honor del celestial protector de aquella Santa Madre.

Lo cual servirá á la vez de protesta contra las sacrílegas fiestas con que los enemigos de Cristo y su Iglesia, acaban de conmemorar la violenta usurpación de la Ciudad Eterna. Y para estimular á los fieles á invocar con tal ocasión de un modo particular la protección de San José, el Sumo Pontífice concede para el tiempo en que se cumple el jubileo citado, muchas gracias espirituales como puede verse en el siguiente Breve:

LEON PAPA XIII.—*A todos los fieles cristianos que tengan conocimiento de las presentes Letras, salud y Apostólica Bendición.*

“Por cuanto se nos ha dicho que en muchas diócesis del orbe católico se proyecta celebrar en el día 15 de Diciembre el presente año con gran solemnidad del Jubileo del patronato de San José Esposo de la Virgen María, Nos, que sentimos una gran complacencia en que se estimule y crezca de día en día la piedad de los fieles hácia su celestial Patrono, principalmente en estos tiempos tan calamitosos para la Iglesia de Dios, hemos creído oportuno prodigar benignamente, con esta misma deseada ocasión, los celestiales tesoros cuya deseada dispensación Nos encomendó el Altísimo. Por lo cual apoyados en la misericordia de Dios Omnipotente y en la autoridad de sus bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia Plenaria y Remisión de todos sus pecados á todos y cada uno de los fieles cristianos que moran en la redondez

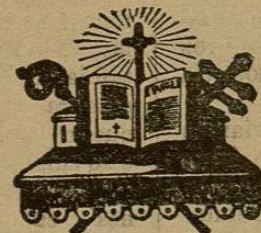
de la tierra, que, verdaderamente arrepentidos y fortalecidos con la Sagrada Comunión, en el referido día 15 de Diciembre ó en uno de los siete inmediatamente siguientes, elegido al arbitrio de cada cual, visitaren devotamente alguna iglesia en la cual se celebre fiesta al Patriarca San José, con tal que hayan asistido cinco veces á la solemne novena, ó á todos los actos del triduo precedente, y donde no, visitando debidamente la iglesia parroquial, rogando piadosamente por la concordia de los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia.

“Y á los mismos fieles cristianos, concedemos remisión en la forma acostumbrada por la Iglesia, de doscientos días de las penitencias que les hayan sido impuestas ó de algun modo deban satisfacer en cada día que asistieren, con el corazón contrito á la dicha novena ó triduo. Todas y cada una de las cuales indulgencias, remisión de pecados y absolución de penitencia, concedemos que sean también aplicables á las almas de los fieles retenidas en el purgatorio. Las presentes Letras tienen valor solamente por esta vez. Queremos además, que á las copias ó ejemplares de las mismas, aun las impresas, suscritas por algún notario público y autorizadas por el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé absolutamente la misma fé que se daría á estas mismas presentes si fuésen presentadas ó manifestadas.

“Dadas en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 24 de Septiembre de 1895. Año decimo octavo de Nuestro Pontificado.—Lugar† del Sello.—Por el Señor Cardenal DE RUGGIERO.—NICOLAS ARONI, *subst.*”

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga --D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, DICIEMBRE 22 DE 1895.

NUM. 24.

Seccion I.

Carta de S. S. Leon XIII

a los Obispos de Suiza.

A nuestros Venerables Hermanos los obispos de Suiza.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica:

En medio de las amarguras que recientemente Nos han afligido, ha sido para Nos sumamente agradable el homenaje de piedad filial y de vivo afecto que Nos habeis dirigido con motivo de vuestra reunion que, segun costumbre, habeis celebrado durante el mes de Agosto, pues ese acto de adhesion demuestra que seguís el ejemplo de los santos Obispos que desde los tiempos mas lejanos de la historia de la Iglesia y cada vez que la adversidad ha abrumado á los Pontífices romanos, tuvieron por costumbre consolarles en cartas llenas de afecto y por otros medios.

Ninguno podría ser más oportuno que la forma que habeis dado á este homenaje, recordando las promesas con que Cristo ha fortificado á su Iglesia y al bienaventurado Pedro. Del recuerdo

de tales promesas se desprenden, en efecto, consuelos poderosos y admirables, pues la eticacia bendita que en otros tiempos tuvieron esas promesas en medio de las más difíciles circunstancias, subsiste todavía.

Porque la experiencia lo ha demostrado, la Iglesia, objeto de diarios ataques, sale siempre de todos ellos sana y salva; expuesta á los odios y á la injusticia, Ella brilla con gloria sin cesar creciente; atormentada y saltada con violencia, Ella permanece siempre apoyada en su derecho y continúa repartiendo con abundancia sus beneficios sobre las naciones, con una potencia cada vez mayor, de tal suerte, que de día en día se vé de un modo más evidente que ella es una obra enteramente divina á la que la virtud y la presencia de Cristo le aseguran una duración eterna y un perpetuo acrecentamiento.

Todos esos recuerdos son para Nos un gran apoyo en medio de estas penosas circunstancias y nos animan con mayores alientos á cumplir una mision que ocupa todo nuestro corazón: la de levantar y promover entre vosotros la religion católica. Si, como Nos, lo habeis afirmado con gratitud, pues Nuestros más particulares cuidados han contribuido á este resultado, Nos deseamos y Nos esperamos que Nos será dado hacer mucho más en este sentido, sobre todo mientras más contemos con que vuestra pastoral vigilancia y vuestro celo Nos

so y que auguraba porvenir mejor, y en momentos al parecer de secreta inspiración, enarboló como bandera de la temeraria lucha por él emprendida, la Sacrosanta Imagen de la Virgen María de Guadalupe, símbolo de entonces, á la vez, de la Religión y de la Patria. Sacerdote y patriota, era él mismo en su persona la encarnación viva de su programa: Patria independiente y Religión pura.

Los caudillos que en pos de él se levantaron para continuar la lucha, murieron fieles á su gloriosa bandera, y el afortunado vencedor, el consumidor de la obra, creyó por un momento asegurada para siempre, la libertad de la patria en la unidad de la fé. No fué así por desgracia nuestra; habíamos entrado de lleno en el periodo de la prueba, Dios nos dejaba hacer y nos observaba en silencio, éramos libres para ir á la derecha ó á la izquierda y no todos se conservaron fieles. La herencia que de nuestros mayores recibimos ha sufrido tristísimos é inolvidables menoscabos. Las antiguas fronteras desaparecieron, dogmas nuevos se han predicado en la cátedra, en la tribuna y en la prensa, y la fé que inspiró su programa á los primeros caudillos de la Independencia, no es ya la antorcha que guía á los hombres del Estado en el gobierno de la cosa pública.

A favor de las luchas intestinas en que por largo tiempo vivimos, la zizania ha cundido y penetrado hondamente en el campo del Padre de familias, y los amargos frutos que ya comienzan á recogerse en la creciente inmoralidad pública bajo sus más repugnantes manifestaciones, apenas si han bastado á provocar la alarma y sincera y nobilísima confesión de parte de uno de los hombres de más recta intención y más esclarecido talento con que se glorían aquellos que nos quieren mal.

¡Ah! ¡Si, México, más feliz que la Jerusalén deicida, comprendiendo mejor sus verdaderos intereses, escuchara en estos momentos la voz de Aquella que le llama

y le brinda, sin menoscabo de su engrandecimiento material, con bienes más sólidos y duraderos, que el oro no consume, ni destruye la polilla!

Es, sin embargo, altamente consolador lo que nuestros ojos ven en los momentos que corren. Tras largos años de merecidas expiaciones, la paz política y el consiguiente desarrollo de los intereses materiales, que si no son el don por excelencia de Dios, mucho significan en un pueblo debilitado por las discordias civiles, parecen arraigar definitivamente entre nosotros; y lo que es más aún, la fé católica, que se extinguía sin remedio, según decir de nuestros enemigos, no sólo vive en el corazón de los hombres fieles á la antigua enseña de la Independencia, sino que en estos días ha dado pruebas inequívocas de que es ahora tan poderosa en obras, tan firme y sólida de su integridad, como lo fuera en los mejores tiempos. De ello da irrefutable testimonio este grandioso monumento en pocos años erigido en honor de la fundadora de la nacionalidad mexicana; el esplendor de estas fiestas sin igual en los anales de la historia patria y el extraordinario concurso de peregrinos, que de las más apartadas regiones han venido á postrarse ante la bendita Imagen, para hacer pública confesión de su fé y exhalar en cánticos de acción de gracias los más puros sentimientos del amor y de la piedad filial.

De esta suerte, hermanos míos, la Reina del cielo que bendijo con su presencia este campo inculto desde que en él se depositó el primer grano de mostaza; que dió valor, abnegación y constancia al misionero y apareció desde los primeros días como mediadora entre el conquistador y el conquistado, para dar nacimiento á un pueblo nuevo que le pertenece, no menos por lo que tiene de ibero, que por lo que tiene de indígena; que en momentos solemnes reaparece segunda vez, siempre bajo la consoladora advocación de Guadalupe para inspirar á los hombres que nos dieron patria, el salvador

programa de la unidad en la fé; Ella, que fué el sostén de los fieles en los días de la tribulación y de la prueba, una vez más vuelve á aparecer en el cielo de nuestras esperanzas, ofreciendo la paz verdadera á todos los hijos de Méjico, como si quisiera renovar el antiguo pacto de alianza y derramar nuevas bendiciones sobre un pueblo predilecto,

¡Querías, Señora, un templo consagrado á Vuestro culto, un templo que fuera en su simbolismo místico, en la simétrica disposición de sus naves, en la decoración de sus muros, en el tallado de sus piedras y donde quiera que la vista se fijase, elocuente enseñanza de nuestros deberes de cristianos y recuerdo imperecedero del insigne favor que de Voz recibimos en este lugar? Pues ved aquí, cumplidos vuestros más ardientes votos. En otro tiempo, la munificencia de los reyes se enaltecía compartiendo con el pueblo fiel el mérito que á los divinos ojos tienen estas obras monumentales erigidas en honra Vuestra; ahora este templo es obra exclusiva de la fé y el amor de vuestros hijos, de la generosa ofrenda del rico y del óbolo del pobre. Aceptadlo bondadosamente. No es en verdad lo que Vos, Señora, merecís; no obstante es lo más que hemos podido ofrecerlos!

Permitid que en estos momentos solemnes Os recordemos Vuestras inolvidables promesas. ¡Mostraos una vez más, Madre piadosa de los mexicanos! Dentro de breves horas, en el instante en que el ilustre Pastor de esta grey, digno sucesor del Santo Obispo Zumárraga, corone Vuestras sienes con la Diadema de oro que Os dedica el amor y la piedad de vuestros hijos, México entero, unido en un solo pensamiento y en un solo corazón, elevará al cielo humilde y fervorosa plegaria inspirada en la inquebrantable fé que tiene en vuestro poderoso patrocinio. ¡Acogedla benignamente! Nada en particular pediremos guiados por nuestro propio juicio. Vos, Señora, pediréis por nosotros; como Madre nuestra sabéis mejor lo que

más conviene á nuestros verdaderos intereses. Si por ventura, como muchos creen, esta fecha gloriosa ha de inaugurar para México la era del sólido engrandecimiento y de la verdadera paz, haced, Señora, que se apresure el momento, que venga á nosotros el Reino de Dios para que unidos en la fé y en la caridad, cumplamos mejor la misión providencial que nos ha sido encomendada.

Pero si á la gloria de Dios conviene que se prolongue el periodo de la expiación y de la prueba, si hemos de sufrir todavía persecución por la justicia, sino suena aún para México la deseada hora del reinado social de Jesucristo, cúmplase en todo la divina voluntad, pero venga á nosotros juntamente con el merecido castigo, la abundancia de vuestras bendiciones, el valor y la fortaleza cristiana que necesitamos para perseverar hasta el fin Amen.

El Episcopado el día de la Coronación.

“¡Qué espléndido cuadro! Ver á esos hombres que despues de una brillante carrera literaria y adquirido la perfección en el ejercicio del ministerio sacerdotal bastantes años, ciñen Mitra y empuñan Báculo, son cual patriarcas padres de un gran pueblo.

Cada Mitra es una agrupación de tantos pueblos como curatos tiene hoy, apacentados por pastores subalternos, que forman un solo redil. Esta unidad de hombres de diversas razas y climas en una misma fé, es la obra de Jesucristo, un Dios, un Bautismo, una misma fé, como exhortaba la caridad al prisionero de Cristo, (San Pablo á los Efesios IV. 4. 6.) Unus Deus, una fides, unum baptisma. Brillante espectáculo el contemplar que esos hombres apostólicos, han dejado su tierra, su parentela, sus comodidades, sus

presten un excelente concurso. Que Dios bendiga y favorezca nuestros comunes deseos y trabajos para que con su auxilio podamos hacer frente á los peligros y á las necesidades á que está todavía expuesto nuestro rebaño.

Para ello y al par que os enviamos Nuestros consuelos y á fin de que éstos sean fecundos en frutos saludables, Nos otorgamos con mucho afecto la **Bendición Apostólica**, á cada uno de vosotros y á vuestro clero y pueblo.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 8 de Octubre del año de 1895, décimo octavo de nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

SECCION III.—VARIEDADES.

SERMON

Predicado por el ilmo. Sr. Obispo de Chihuahua, Dr. D. José de Jesus Ortiz el 11 de Octubre de 1895, en la función que la Sagrada Mitra de Michoacan celebró en la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe.

Quam terribilis est locus iste! Non est hic aliud nisi domus Dei et porta caeli.

Cuan terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.—Génesis 28. 17.

ILMOS. SEÑORES:

Los afortunados peregrinos que vuelven de Tierra Santa, después de haber visitado los lugares que fueron teatro de los más augustos misterios de la Redención, conservan por todo el resto de la vida las piadosas impresiones que les causara la contemplación de aquellos horizon-

tes en que alguna vez se espació la mirada del Dios-Hombre, la gruta que le vió nacer, las montañas y valles que recorrió, las ciudades y aldeas que le dieron hospitalidad ó fueron testigos del poder de su palabra, los sitios en que descansó y aquellos otros que recogieron sus lágrimas ó se empaparon en su sangre sacrosanta.

¡Cuántos recuerdos! ¡cuántas impresiones y cuán fecundo manantial de meditaciones para la piedad cristiana! Y lo que más conmueve, según decir de los que de allá vienen, es la consideración del *hic*, Aquí, en este lugar en que me encuentro, el Hijo de Dios habló á los hombres. Aquí, sus ojos se anublaron con la abundancia de lágrimas que el amor le arrancara. Aquí, derramó su sangre preciosísima. Aquí, exhaló el último suspiro. De tal suerte, que la imaginación puede fácilmente reproducir en sus más insignificantes pormenores las grandiosas escenas de la Redención.

Tal parece, hermanos míos, que nos sucede á nosotros, venidos de lejanas tierras, cuando traspasamos por primera vez los dinteles de este recinto sagrado. Aquí ó no lejos de aquí, años atrás, la Madre de Dios y Reina del cielo, velando modestamente los destellos de gloria que la circundan, aparecióse al neófito Juan Diego, habló con él, le declaró sus designios, le hizo mensajero de sus voluntades.

“Aquí, en la cumbre de la santificada colina, los oídos del felicísimo indígena se recrearon con las armonías celestiales que anunciaban al nuevo mundo la gloria de Dios y la paz á los hombres de buena voluntad; aquí florecieron los rosales plantados por divina mano, de donde el humilde mensajero tomó las flores que habían de acreditar la verdad de su misión: aquí finalmente, por invisible y omnipotente pincel, fué delineada la portentosa Imagen que hoy todavía conservamos como recuerdo del insigne favor.

Con razón, pues al sentirnos bajo el abrigo de estas bóvedas seculares, al aspirar el ambiente del recinto sagrado, al fijar la vista en las pinturas alusivas que

decoran sus muros, al doblar la rodilla para formular la primera plegaria y contemplar por primera vez en su propio original al moreno y agraciado rostro de la Santa Imagen, un cúmulo de piadosos recuerdos acude á la memoria; siéntese el peregrino conmovido por el temor y por el profundo respeto que inspira el prodigio sobrenatural que está á la vista, y por la dulce confianza que infunde la consideración de que está en la casa de la amantísima Madre de los mexicanos.

¡Verdaderamente es santo y terrible este lugar! pudiéramos exclamar con el Patriarca Jacob cuando volvió del sueño misterioso en que Dios le recordó sus designios. Santo es este templo, no solo por que ha recibido las bendiciones solemnes de la Iglesia, no solo porque es el monumento de nuestras más claras tradiciones y el relicario que guarda la más preciosa y significativa prenda de nuestra fé en el milagro guadalupano, sino que es santo también, porque ha sido consagrado con la presencia de la Inmaculada Virgen María, y porque de sus labios se escucharon aquí palabras de tiernísimo afecto, reveladoras de los designios de Dios sobre el pueblo conquistado.

Cuando se considera la hora singular que la Madre de Dios dispensara á los hijos de este suelo en su milagrosa aparición, y los favores sin número que ha seguido prodigándoles en el trascurso de los años; no es de admirar ni el universal entusiasmo con que fué acogido el feliz pensamiento de reedificar este templo á honra suya y coronar su santa Imagen con corona de oro, ni el concurso de Pontífices, sacerdotes é innumerables peregrinos que han venido para dar testimonio de su fé y realzar con su presencia el esplendor de estas fiestas.

Consagrar con las bendiciones de la Iglesia este monumento erigido por la gratitud del pueblo mexicano á su augusta Patrona, y reproducir en cuanto es dado al hombre, siquiera sea en imperfecto y pálido bosquejo, la grandiosa escena que tuvo lugar en el cielo, cuando el Hijo de

Dios, descendiendo del exelso trono que ocupa á la diestra del Padre, se adelantó para recibir y coronar como Soberana Reina del Universo á la Inmaculada Virgen, que ascendía de la tierra con la majestad de la aurora, hermosa como la luna, radiante y escogida como el sol; tal es el objeto de las presentes solemnísimas fiestas.

¿Que diera yo, hermanos míos, por encontrar asunto digno de las circunstancias, no menos que de vuestra ilustrada y religiosa atención? Humilde Pastor de apartada y naciente grey, nunca pude imaginar que me tocara á mí llevar la voz en tan solemne ocasión, en nombre de una de las más ilustres y antiguas Iglesias de esta porción del Rebaño de Cristo, pero tampoco he podido rehusar el alto honor que se me dispensara.

¡Vos Señora, que sois Madre de la Sabiduría Increada y Madre nuestra también, alcanzadme la gracia de un rayo de luz, para penetrar en la profundidad de los designios divinos y mostrar á mis hermanos, como en Vos, Señora, en el culto que Os tributamos, en el amor que Os profesamos, está vinculado el verdadero progreso y el sólido engrandecimiento de la Patria.

AVE MARIA.

La más firme de nuestras piadosas tradiciones, la que siempre resistió victoriosamente el examen de la crítica más apasionada, la tradición guadalupana, cuenta hoy la aprobación del ilustre Pontífice reinante, confirmatoria de la que años atrás, recibiera de otro Pontífice no menos sabio y eminente. Y si á estos excelentes documentos se agregan, á mayor abundamiento, los estudios críticos llevados á cabo en los últimos años por hombres doctísimos en la historia patria, y el testimonio unánime del Episcopado, del Clero y pueblo, quienes claramente han expresado su sentir con motivo de las presentes fiestas; ya no habrá en adelante para los que nos preciamos de ver-

daderos católicos, sombra alguna que oscurezca la pureza de nuestra fé.

Partiendo, pues, del hecho inegable de la aparición guadalupana, podemos ya elevarnos á más altas consideraciones y preguntarnos con humildad y profundísimo respeto: ¿Cuales son los secretos designios que Dios tuvo al permitir que la Inmaculada Virgen viniera de lo alto del cielo á visitar á los pobres moradores de esta entonces desconocida tierra?

Sabemos de cierto que Dios no hace cosa alguna sin razon suficiente. Sabemos todavía más y con igual certeza: Dios nunca permite estas apariciones extraordinarias de lo sobrenatural, sin altísimos y secretos designios. Si habló familiarmente con los Patriarcas, si en diferentes ocasiones se apareció á Moisés y le comunicó directamente sus voluntades, si á los Profetas les infundió su Espíritu divino para que vieran el porvenir; todo porque así convenía para preparar y llevar á cabo la grande obra de la Redención.

Sin mas razonamientos, podemos pues desde luego asegurar, que un grande y secreto designio se oculta bajo la sencilla historia de la aparición guadalupana.

Tratábase de arrancar del poder del demonio y conquistar á la verdadera fé un pueblo numeroso, conquistado ya por la fuerza de las armas. Ved aquí una obra digna de Dios, quien para salvar las almas y restablecer al hombre en su primera dignidad, no vaciló ante las humillaciones mismas de la muerte.

En las obras de Dios distingüense claramente tres faces diferentes que corresponden á tres períodos de su historia: humildad y á veces desprecio en sus principios; lentitud en su desarrollo; y admirable fecundidad en sus resultados.

"Es semejante el Reino de los cielos al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo; menudísimo entre todas las semillas, crece despues y viene á ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas."

Dios es el sembrador; su divina palabra, la simiente; el corazón del hombre es el campo, y las leyes eternas de la justicia, en combinación con la voluntad humana, representan los elementos naturales. En el primer periodo, Dios lo hace todo: ordena los acontecimientos, prepara los corazones, y envía sus siervos para que esparzan por todos los vientos la semilla de la palabra divina: esta es el periodo de la vocación ó de la siembra. En el segundo, Dios entra en relativo reposo, deja que las leyes eternas de la justicia se desarrollen sin detrimento de las libres determinaciones de la voluntad humana, y este es el periodo de la prueba ó del cultivo. El tercer periodo es el de la recolección de los frutos y de la estrecha cuenta, el periodo de las recompensas y del castigo.

Y esto que se dice de los individuos, con mayoría de razon es aplicable á las naciones que son tambien criaturas de Dios y herencia especial de su Divino Hijo quien la recibió juntamente con su generación eterna. *Ego hodie genuit te . . . dabo tibi gentes hereditatem tuam* (1) Tienen las naciones su vocación especial, su periodo de prueba, sus recompensas y castigos.

La España fué la nación afortunada, escogida por Dios para asociarla á la realización de sus designios en el Nuevo Mundo. Ninguna como ella, en aquel entonces, más digna de tan alta misión. El natural carácter de sus hijos que les predispone á toda empresa árdua y gloriosa, juntamente con el heroísmo heredado de sus mayores y nunca desmentido ni entibiado en ochocientos años de constante batallar contra el Islamismo; la firmeza de su fé y el celo que siempre tuvo en la conservación de su integridad, no ménos que el momento escogido por Colon para solicitar el apoyo de aquel poderoso pueblo, cuando terminaba gloriosamente la obra de su emancipación definitiva y rebosaba en ese periodo, en gran-

(1) Psalm. II. 8.

des tesoros, y en hombres eminentes en ciencia y en virtud; todo persuade que la noble y católica España era en efecto, la llamada por Dios para sembrar el grano de mostaza en este inculto y dilatado campo.

Bajo los auspicios de la generosa Reina Isabel, el Gran descubridor emprendió su asombroso viaje de exploración, y de acuerdo con la Soberana á quien servía, en la primera tierra que encontró á su paso, enarboló el estandarte de la cruz, para significar que Cristo antes que los hombres tomaba posesión de estos desconocidos reinos que ya le pertenecían á título de herencia.

Pero no es esto solo. La vocación de la España, bastante indicada por la ilación lógica y providencial de los acontecimientos, recibió solemne confirmación sobre esta benévola colina, en el pacto de alianza iniciado por la Reina del cielo con el más ilustre representante que la nación católica tenía entonces en estas regiones, Fr. Juan de Zumárraga. Por la mediación del humilde neófito Juan Diego, el santo Obispo tuvo conocimiento de la voluntad de la Reina del cielo, y por la misma mediación expresó él las condiciones que la prudencia cristiana aconseja en casos semejantes. Y no os admire, hermanos míos, el atrevimiento de mis palabras cuando os hablo de un pacto de alianza entre la Reina del cielo y el Obispo Zumárraga.

En el campo del Padre de familia, ni la simiente sola, ni la lluvia, ni la tierra darían por sí el fruto apetecido sino se combinaran en acción común. Verdad es que si á bien lo tuviera, el padre de familia podría llevar á cabo sus designios en el gobierno del mundo, sin contar para nada con la voluntad humana, como puede ofrecernos sazonados frutos sin el concurso de los elementos naturales. Pero Dios ha honrado al hombre con el don terrible de la libertad, ha querido bondadosamente asociarlo á la realización de los consejos de su Sabiduría, para que tuviera ocasion de merecer; y á tal punto

ha llegado la condescendencia divina, que entra en tratados con él como si fuera su igual.

Cuando Dios necesitó un hombre que fuera el padre del pueblo escogido á quien iba á hacer depositario de sus más íntimos secretos, eligió á Abraham entre todos los Patriarcas, le llamó aparte, le hizo conocer sus designios y acabó por celebrar con él el pacto llamado de la antigua alianza: "yo soy el Dios Todopoderoso: camina como siervo fiel delante de mí, y sé perfecto. . . Y estableceré mi pacto entre mí y tí y entre tu posteridad despues de tí en sus generaciones con alianza eterna, para ser Dios tuyo y de tu posteridad despues de tí." Y para dar firmeza á las obligaciones contraídas, como si Dios quisiera prevenirse contra su misma omnipotencia, agrega en seguida: "circuncidareis vuestra carne en señal de alianza contraída entre mí y vosotros." (1)

Si Dios mismo, cuando así ha convenido á sus designios, ha celebrado pacto de alianza con el hombre, no es de admirar que su augusta Madre descienda del cielo para confirmar con un acto positivo de su voluntad, la misión providencial de la nación conquistadora y cubrir así bajo el manto de su patrocinio á la raza conquistada.

La tradición conserva las tiernísimas y familiares pláticas de la Reina del cielo con el humilde neófito. Sencillas como son, pueden guiarnos en las piadosas reflexiones que os vengo proponiendo. Quiere María que en este mismo sitio se edifique un templo para honrar su nombre; declara que en él se mostrará Madre piadosa y protectora de todos aquellos que la invoquen, y en prenda de su palabra, nos deje la milagrosa Imágen que guardamos aquí como reliquia venida del cielo.

Un templo, una promesa, una prenda de inestimable valor; hé aquí en resumen el mensaje de la Reina del cielo al Obis-

[1] Gen. XVII. v. 7. 11. Trad. del Señor Scio.

po Zumàrraga. Dios representado por su Santa Madre, la nación conquistadora, por su obispo, y la raza conquistada, por el indigena Juan Diego: tales son, si nos es permitido expresarnos así, las partes contratantes. Pero en todo pacto hay obligaciones y derechos recíprocos, y un documento, una prenda, que garantice el cumplimiento de lo pactado.

El templo es la suma de nuestros deberes. Porque no sólo ha de verse el templo cristiano en su estructura material, sino primera y principalmente en su significación mística y así es no sólo escuela de la vida cristiana y casa de oración, sino también imagen del cielo y figura de la unidad de fé y de caridad que debe reinar entre los cristianos.

La promesa de María es el fundamento más sólido, no diré de nuestros derechos, de nuestras más caras y legítimas esperanzas; y la bendita Imagen que veneramos aquí, la prenda y el testimonio elocuentísimo de la alianza celebrada y el recuerdo imperecedero de los favores hechos á la raza conquistada, no menos que de los deberes impuestos al conquistador.

El pueblo de Israel tuvo también un pacto y una historia que pueden resumirse en estas breves expresiones: un templo que fué la maravilla del mundo y el testimonio de la gratitud nacional por los favores recibidos; una promesa, la gran promesa de la Redención que le sirvió de aliento en los días de la peregrinación y de la prueba, y una prenda de seguridad, las tablas de la Ley que se guardaban con religioso respeto bajo el Arca Santa.

En presencia del prodigio guadalupano, el ilustre Pontífice depuso los justos temores que la prudencia inspira en semejantes ocasiones, y él, el primero, en la misma actitud en que le vemos en este altar, adoró la portentosa Imagen, mandó exponerla á la veneración pública y por su orden se construyó la primera ermita que hoy vemos trasformada en templo suntuoso. Así quedó solemnemente ratificado el pacto de alianza: en nombre de su patria el santo obispo aceptó la mi-

sión de evangelizar estos pueblos, llamados como todos los demás, á tomar asiento en el banquete del Rey de la Gloria.

La España cumplió fielmente su misión; debemos reconocerlo así, porque es de justicia. De España vinieron los primeros heraldos del Evangelio, hombres poderosos en obras y en palabras, que así esparcían por todos los vientos la divina semilla, como derramaban su sangre y sacrificaban sus vidas cuando era necesario para el cultivo de la nueva viña. De España nos vino la paternal legislación de Indias inspirada en los más puros sentimientos de la caridad cristiana, la hermosa lengua que hablamos, las ciencias, las artes y los conocimientos útiles, que sirven de base á la moderna civilización. De allá vinieron también, preciso es confesarlo, el audaz aventurero deseo de proezas y mundana gloria, y el encomendero sin entrañas dispuesto á sacrificar su conciencia cristiana á trueque de saciar su sed de oro. Era la zafra por ley providencial tolerada, donde quiera que se siembra la buena semilla.

Los primeros misioneros se ocuparon en preparar el campo, desentrañando del corazón las supersticiones y el culto sangriento de los ídolos, al mismo tiempo que luchaban valerosamente contra los mezquinos intereses de la ambición y de la codicia, conjurados en contra de la raza indígena. A la voz insinuante y persuasiva del religioso, los naturales recobraban la confianza, perdida por los malos tratamientos del conquistador, depuñía su actitud hostil y bajo los auspicios de la Virgen María de Guadalupe y del Santo Patron elegido por ellos, congregábanse en torno de la iglesia y del convento, que eran á la vez escuela de la vida cristiana y de la vida civil. Así se formaron los primeros centros de la población indígena, con sus tierras comunes, su legislación especial y la autoridad del misionero, quien la ejercía según el modelo de los antiguos patriarcas.

A los primeros operarios sucedieron otros no menos celosos á quienes estaba

reservado el culto lento y laborioso de la viña. Tocábales á ellos la consolidación de las conquistas ya hechas, á la vez que emprendían otras nuevas á medida que audaces exploradores descubrieran campos vírgenes que reclamaban su celo. Durante largos años de trabajo continuo, la fé católica fué de esta suerte arraigándose más y más en este suelo, las dos razas, la conquistadora y la conquistada, venciendo naturales repugnancias, se acercaron la una á la otra, vivieron pacíficamente bajo el mismo cetro y aun se unieron, siquiera sea en parte, con los vínculos de la sangre, para dar nacimiento á la patria mexicana, heredera de las nobles virtudes, no menos que de los defectos de aquellas.

Aquí termina la misión providencial de España. La heroica nación sembró el grano de mostaza en este campo virgen, y la mínima semilla se ve al cabo de trescientos años, trasformada en un árbol robusto que extiende la sombra de sus ramas hasta las más apartadas regiones. Un pueblo que nace de su seno para tomar asiento en el congreso de las naciones libres, una cristiandad floreciente que dilata y embellece el Reinado de Cristo, tal es el fruto de los generosos desvelos de la España en el cultivo de la viña que se le encomendara.

¡Eterna gratitud á la nación conquistadora que nos legó con su sangre, su lengua, sus costumbres y su genio, el tesoro inapreciable de la fé cristiana!

Al emanciparnos de la madre patria comenzó para nosotros el período de la prueba, al mismo tiempo que recibíamos la doble misión providencial de continuar la obra civilizadora de la raza indígena y conservar en nuestro propio sér la pureza de la fé católica.

Hace más de setenta años que somos dueños de nuestros destinos y responsables ante Dios y ante la Historia del uso que hubiéramos hecho de la libertad conquistada. Es tiempo ya de preguntarnos: ¿cómo hemos cumplido nuestra noble misión providencial? ¿cuál será la

cuenta que demos al Señor de la viña cuando venga á visitar sus posesiones?

Y por lo que hace á la raza indígena, ¿qué hemos hecho nosotros, hermanos míos, en nuestra calidad de nación independiente, para cooperar á la realización de los designios de María con relación á esa raza predilecta suya? ¿en donde están las misiones fundadas por nosotros, no digo ya para continuar, para conservar siquiera las conquistas civilizadoras de España?

Cuando vemos pasar delante de nosotros esos grupos de hombres, mujeres y niños de la raza indígena que caminan en silencio, ostentando en el desaliño de sus personas, en la desnudez de su cuerpo, en su andar vacilante y en la vaguedad de sus miradas sin inteligencia y sin vida, la doble y profundísima miseria de que adolecen en el alma y en el cuerpo: cuando tales espectáculos se contemplan, no digo ya en nuestras más apartadas serranías, en el centro mismo de las más populosas y adelantadas ciudades, la respuesta no debe ser dudosa, ni menos mortificante para nosotros.

¡Nada absolutamente nada, hemos hecho como nación independiente en favor de esa raza predilecta de María!

Las continuas revueltas en que por mucho tiempo vivimos, podrían servirnos de excusa por lo que ve á lo pasado: más ¿quién podrá en adelante librarnos de la responsabilidad que sobre nosotros pesa, sino hacemos poderosos esfuerzos para atraer hácia nosotros esa numerosa porción de nuestros hermanos, que viven hoy privados de los beneficios de la civilización cristiana y próximos á perder hasta los últimos restos de la fé que aún les queda?

Y si volvemos nuestras miradas hácia nosotros mismos, ¿qué ha sido del tesoro de la fé católica que recibimos en herencia de nuestros mayores?

El Iniciador de la independencia política de la que un tiempo fué la nueva España, comprendiendo quizá la responsabilidad que echaba sobre sí, no quiso romper totalmente con un pasado glorioso.